

LA CANCIÓN DEL VIAJERO

Carmen Pinedo Herrero

Una persona camina por su casa: de habitación en habitación, recorre el universo.

Se detiene ante la mesa donde escribe y dice: “patria”, es decir, la tierra, el lugar del vínculo. La mesa donde nace la palabra.

Esa misma mesa, los libros que se apilan sobre ella, las páginas que cubre la escritura, son, al mismo tiempo, el hogar que cobija y la apertura hacia lo otro y los otros. Son casa y son viaje, quietud y movimiento.

La persona que, al mirar su mesa, dijo “patria” es George Steiner. El mismo que, a partir de una frase de Heidegger que le conmueve profundamente, afirma que todos somos invitados. “Y un buen invitado, un invitado digno, deja el lugar en el que ha sido hospedado algo más limpio, algo más bonito, algo más interesante que como lo encontró. Y, si tiene que marcharse, hace sus maletas y se va”, le cuenta a Laure Adler. En otro momento, añade que hay que “tener siempre la maleta preparada y si hay que partir, partir. Y no quejarse”.

La maleta preparada. Partir y no quejarse. Mientras tanto, ahí está la mesa de trabajo como hogar. También la mesa donde se come, el recuerdo de los aromas y los sabores, las conversaciones, los rostros, los gestos alrededor de esa mesa. Una mesa que, acaso, no es más que un trozo de tela extendido sobre la tierra, sobre la hierba, sobre la arena, o una mesa que puede ser una roca y ser, así, mesa, asiento, altar.

El sedentario lleva en su imaginación el mundo entero: todo a su alrededor y todo en él es movimiento, cambio, tiempo, aun en el aparente reposo.

También el viajero, el nómada, el exiliado, lleva el hogar consigo. Memoria, relato, canción. Es la casa de la lengua materna, el vestido, la máscara, pintura o tatuaje, libro, joyas, herramientas más valiosas que las joyas, el reconocimiento del paisaje, las huellas, a veces la pura nostalgia, a veces la esperanza, o el animal o el ídolo que, como escribe el arquitecto Juhani Pallasmaa,

son el “hogar mínimo de un niño o de un primitivo”.

Lo que está presente, lo que se recuerda y, también, lo que se olvidó.

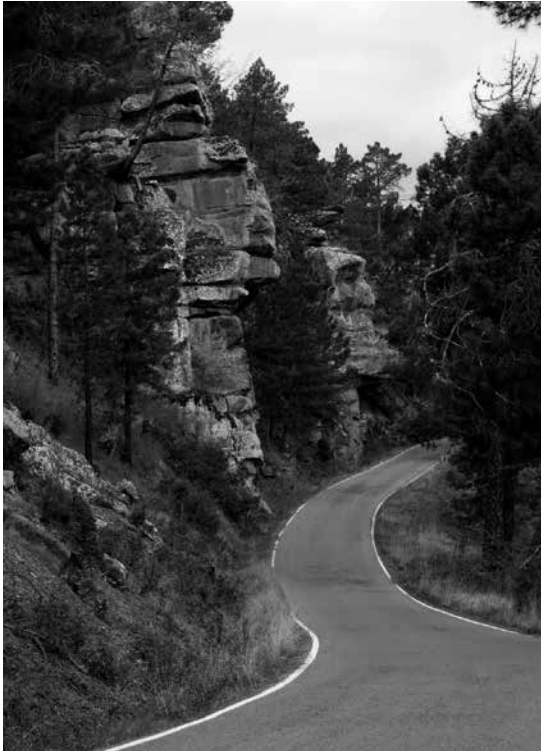
Dormidos a la intemperie, nos cubre el cielo. Pero es mejor, sin duda, que nos cobije un abrigo rocoso, o una gruta, o una tienda de tela, un carromato, una cabaña o una vivienda efímera, de cañas y adobe. Morada de tránsito o en sí misma vehículo, este es el hogar. Pensamos, en el ámbito del arte, en las casas con ruedas o con las velas desplegadas para la navegación que aparecen en numerosas pinturas de Remedios Varo, o en el campamento de zingaros pintado por Van Gogh. Recordamos, también, las fotografías de los carromatos de los *pavees* irlandeses, “el pueblo caminante”, como a sí mismos se nombran.

Fue nuestro comienzo, como humanos, la andadura. Cada paso en pos del alimento nos hizo sobrevivir. Después, sí, mucho después, cambió la relación con la tierra, aunque no para todos. Pero dejemos ahora esta historia, que es la nuestra, para echarnos al camino.

Debemos tener un buen olfato para saborear el aire; es preciso que los ojos sepan escuchar, que el tacto vea, que el oído pueda trazar el mapa de los olores, ese mapa que es canción y tenemos en la punta de la lengua.

La canción como línea en el territorio –la línea del agua–, como lugar de encuentro, memoria de todo lo creado a través del canto. En el Tiempo del Sueño de la mitología aborigen australiana, los Patriarcas –como nos cuenta Bruce Chatwin en su libro *Los trazos de la canción*– cantaron “los ríos y las cordilleras, las salinas y las dunas de arena”: allá donde iban, “sus pisadas dejaban un reguero de música”. Al fin, envolvieron “el mundo íntegro en una malla de música”.

Malla, red. Y ritmo. “Asegúrate de saber qué *rhythmos* sujeta a los hombres en sus redes”, escribe Arquíloco. El ritmo del cuerpo, del mundo, del universo. El ritmo y las redes de espín de las que hoy nos hablan los científicos.



Fotografía de Uli Brennemann

El *ezenngileer* es uno de los tipos de canto de garganta de los habitantes de Tuvá, en el centro de Asia. Su ritmo varía según los accidentes del terreno, así como según la velocidad y el paso de la montura. Es el movimiento de los cuerpos –del jinete y del caballo–, las características del espacio que recorren y el ritmo al que lo hacen, lo que rige el *ezenngileer*.

Otros tipos de canciones tuvá se aproximan al canto de los pájaros –el *sygyt*–, al sonido del agua de los ríos –el *borbangnadyr*–, al del viento –*xöömei*–. La naturaleza, el territorio, los seres que lo habitan, sus acciones, sus desplazamientos, se hacen canción en la voz de los hombres.

La canción son los lugares, es el hogar. Es también

aquello que propicia el encuentro: “el principal medio de intercambio son las canciones, no los objetos”, nos recuerda Chatwin.

Nos encontramos unos con otros en la canción del caminante: nos reconocemos. No solo los humanos. Las ballenas jorobadas cantan cuando viajan al sur. Cada población de ballenas tiene su propia canción. “Mientras las jorobadas están en aguas septentrionales no cantan mucho, y la canción es siempre la misma –cuenta Ursula K. Le Guin–. Cuando se reagrupan en el sur, todas cantan más”. La canción empieza a cambiar. “Todos los miembros de la comunidad aprenden la versión más reciente, aun cuando esta cambia con rapidez. Al cabo de unos años, la melodía entera ha cambiado radicalmente. ‘Te cantaremos una nueva canción’”.

Una nueva canción: con ella soñamos. Una canción que no sea solo una, sino muchas canciones distintas. Canciones para entonar en un camino que sea muchos caminos: caminos para recorrer juntos –cada cual a nuestro paso, *a nuestro ritmo*–, caminos para intercambiar memorias y canciones, encuentros y *hasta la vista*.

Los humanos, como muchos otros seres vivos con quienes compartimos el planeta, nuestra casa, siempre hemos estado en movimiento. Que no sea el hambre, la violencia, la pobreza, el desastre medioambiental, lo que nos empuje a unos caminos de la tierra y el mar donde tan a menudo pagamos el durísimo peaje de la muerte. Que allá donde nuestros pasos nos lleven, encontremos la hospitalidad de aquellos que son, como nosotros, humanos.

Esta es la canción de quienes sabemos que todos somos viajeros, exiliados, invitados. “No digas nunca que has llegado; porque, en cualquier parte, no eres más que un viajero en tránsito”, escribe Edmond Jabès.

Estamos de paso. Con la maleta preparada y la canción en los labios.

*Me puse en camino
y empecé a cantar.*